

El camino que me llevó a ser docente

Frida Guadalupe Sotomayor Brambila*

Hablar de por qué me hice docente es, en realidad, hablar de mi vida. No es una decisión que surgió de un momento aislado, sino de una historia que se fue construyendo entre recuerdos, emociones y personas que marcaron mi camino, muchas veces sin que yo misma lo notara.

A veces, la memoria de la infancia es como un rompecabezas incompleto. De mi niñez guardo fragmentos de una realidad dual: por un lado, la ausencia de una familia convencional, con padres separados desde mi nacimiento; y por otro, el amor profundo de mis abuelos, quienes se convirtieron en mis verdaderas figuras de cuidado, en mi raíz y mi refugio. Fui una niña querida, incluso muy consentida, protegida en una burbuja que me permitió vivir mi infancia con tranquilidad.

Con el paso del tiempo, he comprendido que alrededor mío existían situaciones complejas que, como niña, no lograba dimensionar. Tal vez las ignoré, tal vez simplemente no me correspondía entenderlas. Hoy reconozco que ese “velo” fue también una forma de protección, una oportunidad para ser niña en un mundo que no siempre es sencillo. Quizá por eso ahora cuido tanto la infancia: porque sé lo valioso que es crecer sintiéndose amado.

De mi paso por la escuela no conservo demasiados recuerdos, pero hay algunos que permanecen con claridad. Más allá de momentos aislados, hubo una figura que marcó profundamente mi vida: mi maestra de primer grado, la maestra Laura. Sus clases eran alegres, cercanas, llenas de vida. No solo enseñaba contenidos, transmitía paz, seguridad y cariño. Recuerdo mirarla y pensar: *yo quiero ser eso*. Quería ser esa maestra que hace del aula un lugar seguro, esa que deja huella sin imponerla.

Desde entonces, mi respuesta nunca cambió: quería ser maestra de niños pequeños. A lo largo de mi formación conocí a muchos docentes, pero ninguno logró impactarme como ella. Incluso hoy, sigue siendo una persona carismática, amable, capaz de reconocer a sus alumnos y hacerlos sentir importantes. Ella me enseñó que ser maestra va mucho más allá de enseñar; es una forma de estar en la vida.

Cuando llegó el momento de decidir mi camino profesional, mi vocación ya estaba definida. Sin embargo, no fue una decisión libre de dudas. La posibilidad de estudiar fuera de mi entorno, lejos de mis amigos y de la vida que imaginaba, me hizo cuestionarme. Fue entonces cuando mi madre, con una mirada más amplia que la mía, me impulsó a tomar una decisión que marcaría mi futuro: ingresar a la Escuela Normal. En ese momento dudé, pero no de mi vocación, sino de lo que implicaba crecer.

Mi formación fue un proceso de constancia y adaptación. Afortunadamente, siempre conté con el apoyo de mi padre, quien estuvo presente en todo momento, brindándome lo necesario para continuar. Sin embargo, enfrentar los traslados diarios, los tiempos prolongados de viaje, las tareas en equipo y la necesidad de reorganizar mi vida no fue sencillo. Hubo momentos incómodos, situaciones que implicaron salir de mi zona de confort, pero nunca consideré rendirme. Sabía lo que quería y trabajé para lograrlo.

En ese proceso también encontré a una persona fundamental en mi vida: mi pareja. Con él he construido no solo una relación, sino un proyecto de vida. Hoy tenemos una hija, un hogar y metas que seguimos construyendo juntos. Mi historia personal y profesional se han entrelazado, dándole aún más sentido a mi vocación.

Mi inicio en la docencia marcó otro momento importante. Salir de casa para trabajar en una ciudad distinta representó un cambio profundo. Llegar a un lugar desconocido, enfrentar trayectos largos, aprender a moverme en un entorno que me generaba miedo e incertidumbre, fueron experiencias que me hicieron sentir vulnerable. Hubo momentos de tristeza, incluso de pérdida emocional, pero también de crecimiento.

Fue en ese contexto donde viví una de las experiencias que transformó mi manera de entender la educación. En mi primer grupo tenía una alumna que utilizaba una andadera. Lejos de limitarse, ella participaba, bailaba, se esforzaba por seguir el ritmo de sus compañeros con una determinación admirable. Sus compañeros la apoyaban de manera natural, sin necesidad de indicaciones.

Ese momento cambió mi mirada. Comprendí que los niños no ven limitaciones como los adultos. Ellos descubren, se adaptan, in-

cluyen. Muchas veces somos nosotros quienes imponemos barreras que no deberían existir. Ese día entendí que educar no es solo enseñar contenidos, sino también aprender a mirar de otra manera.

Desde entonces, estar frente a un grupo ha sido una experiencia profundamente significativa. He sentido emoción, miedo, orgullo, incertidumbre. Al inicio dudaba de mis decisiones, de si lo estaba haciendo bien. Hoy, cuando entro al aula, experimento algo distinto: una calma que me permite enfocarme plenamente en mis alumnos. En ese espacio, el mundo exterior se detiene.

Trabajar con niños pequeños es un privilegio. Me mueve su inocencia, su forma de ver el mundo, su capacidad de asombro. Ellos encuentran belleza en lo simple, dan sin esperar nada a cambio, confían. Ningún adulto se acercaría a ofrecer una flor sin motivo; un niño lo hace porque siente, porque quiere, porque para él tú eres importante.

Por eso me hice docente: porque creo que es una de las profesiones más nobles que existen.

Sin embargo, también hay una realidad que no se puede ignorar. Ser maestra implica enfrentarse a situaciones que van más allá de la enseñanza. Lo más difícil no es la carga administrativa ni las exigencias del sistema, sino ver la vulnerabilidad de los niños. Duele observar cómo algunos crecen en contextos donde falta el amor, la atención o el acompañamiento.

Me gustaría que los padres comprendieran la importancia de su papel, que brindaran tiempo de calidad, que educaran desde el amor y no desde el castigo. Los niños no deberían vivir situaciones que no les corresponden: violencia, abandono, miedo. Deberían llegar a la escuela con el corazón lleno, no fragmentado.

Hoy, ser docente también representa un reto. Vivimos en un contexto donde la labor del maestro es constantemente cuestionada y poco valorada. Esto genera incertidumbre y, en ocasiones, una sensación de desprotección. Aun así, sigo aquí, convencida de que mi trabajo tiene un impacto real.

No soy una maestra perfecta. Sé que tengo mucho por aprender y que tal vez nunca llegue a ser exactamente como la maestra que me inspiró. Pero cada día trabajo con la intención de acercar-

me a ese ideal: que mis alumnos se sientan seguros, escuchados y valorados.

Si algo puedo decir desde mi experiencia es esto: cuidemos a nuestra niñez. Démosles amor, tiempo y atención. Llenemos sus vidas de experiencias significativas, porque en ellos está el futuro.

Hoy entiendo que no me hice docente por casualidad. Me hice docente por mi historia, por las personas que marcaron mi camino y por cada niño que ha llegado a mi aula.

Por eso, y por todo lo que soy, me hice docente.

*Maestra en Innovación Educativa. Docente en la Secretaría de Educación Jalisco.
frida.sotomayor@jaliscoedu.com.mx